

En torno a *UN MAR INVISIBLE*

reseña de la novela *Un mar invisible* de Matías Escalera Cordero
(IslaVaria, 2009)

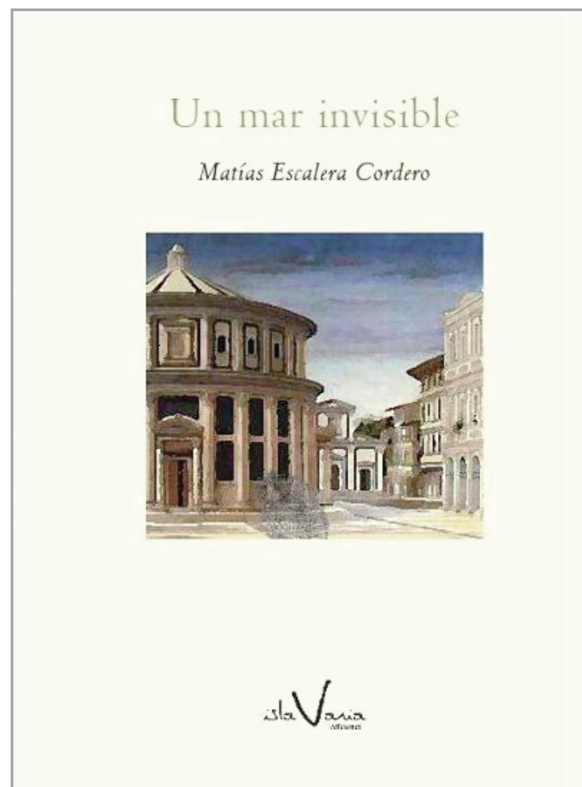
por Marta Sanz

Si ahora ustedes entran en cualquier librería y/o superficie comercial, es muy probable que en la mesa de novedades se encuentren con un montón de libros, llamados novelas, que tratan de pequeños fragmentos de la vida –la soledad de una mujer que va llegando al climaterio; una historia de amor imposible en una urbanización de la periferia rica; un niño que crece en y bajo el mundo–, o novelas que abordan hechos excepcionales de héroes y/o heroínas semi-fantásticos –las aventuras de un policía contadas por un narrador que se toma en serio al funcionario; un tebeo de jóvenes enfermas que acaban moviendo dinero negro en Gibraltar; veinte narraciones *templarias* y seiscientos treinta y dos mágicas y/o vampíricas–. Incluso pueden encontrar algunos relatos periodísticos novelados, cuya intención suele ser justificar la violencia contra los que cada día nos resultan más extraños y más ajenos: retratos tras la reja de un *burka* y *no sin mi hija*. Relatos políticos encubiertos bajo la máscara del humanitarismo.

En resumen, lo que ustedes encuentran en los estantes de las librerías son novelas victorianas o, lo que es lo mismo, novelas posmodernas que han aprendido a rehabilitar los andamiajes de narración victorianos, dando un salto mortal sobre la modernidad, para entregar al lector textos reconocibles, donde la literatura se reduce a espectáculo y propaganda, el autor es un bufón y los lectores forman parte de una cadena de clientes, crean mercado y están tan satisfechos con su compra que, a menudo, no desean cambiar su bote de detergente por ningún otro. La novela victoriana con sus personajes arquetípicos, sus tramas lineales, su complaciente visión del mundo que no se separa ni un ápice del discurso hegemónico, retorna, como una de esas segundas partes que nunca fueron buenas, reflejando el totalitarismo de unas estrategias de *marketing* que se proyectan en los esquemas retóricos de las narraciones.

En este contexto *Un mar invisible*, desde una perspectiva literaria, entronca con la tradición de la novela moderna: su polifonía se resume en una voz en tercera persona que, frente a la demagogia de la recepción, arriesga un denostado principio de autoridad. El anticapitalismo de esta novela, más allá del nivel explícito del texto, se basa en una propuesta de relación entre el autor, sus narradores y el lector que a veces es despiadada e inclemente –*ilustrados capullocirculetores* los llama el autor en la página 69–; una relación, no pornográfica –como ahora es usual–, entre el autor, sus narradores y los lectores que se configura, entre otras cosas, a través de la olvidada delectación en el lenguaje y en la conciencia respecto a su capacidad de intervención en lo real.

Sin embargo, *Un mar invisible* no trabaja con el lenguaje como valor absoluto, como filtro que todo lo relativiza, como principio y fin en el que escatológi-



camente se estrellan todas las acciones humanas; tampoco pretende hacer intercambiables las etiquetas del lenguaje de la revolución y de la revolución del lenguaje –el homenaje al experimentalismo político o la política experimental de Jesús López Pacheco es obligado–, sino que en el fondo yo creo que es una novela orientada por la convicción respecto a la existencia de una verdad sin la que es imposible elaborar ni participar en proyectos emancipatorios que aspiren a conseguir unos márgenes de libertad no identificados con la mera libertad para elegir qué se compra, en función de las monedas que uno guarda en su cofrecito del tesoro doméstico.

En este sentido, el texto de Matías Escalera Cordero entronca con la manera de entender la filosofía, la acción política y la literatura de un pensador como Alain Badiou, que reivindica como objeto filosófico el concepto de *verdad*, frente al de lenguaje como *punto de interés*, de los autores de las corrientes hermenéutica, analítica y posmoderna. Considerar el lenguaje como eje de nuestras reflexiones y de nuestras narraciones es un modo de emborronar los lentes, de concentrarnos en el reflejo de nuestra silueta contra el cristal, mientras deseamos el paisaje que se muestra más allá de la ventana; un procedimiento para evitar hablar de la realidad avalando visiones parciales que corroboran el discurso neoliberal y se solapan con el *fragmentarismo* propio de los medios de comunicación, como artefactos productores de noticias que también forman parte de un mercado. Considerar el lenguaje como epicentro de las narraciones nos evita asumir riesgos colándonos en un nivel de comodidad descriptiva inocuo para el sistema.

Y eso es precisamente todo lo que *Un mar invisible* no hace: no es un texto más, entre la maraña de textos; no es un texto que se solape con la música ambiente, sino un texto que, consciente del poder del lenguaje literario para hablar desde otro sitio, se vale de él para visibilizar ideas, propuestas, enjambres humanos, proyectos, grandes palabras que parecía que hacía tiempo habían sido desterrados de las ficciones, en particular, y de la literatura, en general.

Un mar invisible es una novela insumisa: hace todo lo que no se debe hacer si uno se ciñe a los parámetros del canon actual. No es una novela que se pueda leer en los transportes públicos; no es una novela *novelística*; no es una novela que pueda adaptarse fácilmente al cine. Y, pese a todo, es una novela escrita para los que cogemos el transporte público; una novela llena de aventuras, de encuentros y desencuentros, una novela casi bizantina con sus historias de amor y sus destinos trágicos. Es una novela que opone a la economía del lenguaje y al ahorro como origen de una modalidad de la épica capitalista, el derroche, la generosidad, el regalo de la palabra y nos ofrece, por ejemplo, todos los adjetivos posibles para describir una cosa, neologismos carcajeantes y críticos, el pródigo poder de fabulación –que recuerda a ciertos narradores latinoamericanos– para contar las historias de las hermanas de Clara o la tragedia de Mamá Gorila y las Siamesas. Es una novela mutante, una telaraña, una red, una novela tentacular que resquebraja, como la luna de un escaparate, los discursos, a la vez que con una voluntad de exceso casi *megalomaniaco* los abarca todos: hay poemas, fragmentos filosóficos y ensayísticos, diálogos, balbuceos de enfermedad, acotaciones teatrales... Sin embargo, tras la apariencia fragmentaria, tras la pluralidad y lo coral, tras una miríada de personajes con un definido perfil psicológico y social –Julián, Clara, Estepeña, incluso los ojos del monito que es de todos, tienen un perfil psicológico y social–, detrás de estos factores que enriquecen *Un mar invisible*, late la conciencia de que lo individual cobra significado y surge desde lo colectivo; de que ambos conceptos no son antagonicos; de que es urgente recuperar el sentido de comunidad. Y así el exceso y la diversificación, las fuerzas centrífugas de lo real retratado bajo la máscara de la complejidad vivida como trauma, como excusa para la impasibilidad o la inacción, todos los átomos, arenillas y briznas de polvo vistas al trasluz, en *Un mar invisible* confluyen centrípetamente en un tiempo y un espacio, en un microcosmos utópico frente al que resaltan todavía más las violentas contradicciones de clase, de raza o de género, que definen el mundo en que vivimos. No será fácil encontrar este libro en las superficies comerciales; sin embargo o precisamente por esa razón merece la pena leerlo, justo ahora.